vaciones, que han dado verdaderos tesoros á la arqueología. Si se avanza hasta las escarpaduras del monte sobre el Velabro, vénse los barrios del Capitolio y del Janículo, con sus techos rojos y sus paredes amarillentas iluminadas por el sol. Hácia la parte que da al Coliseo, todo está limitado por cultivos y por el convento de San Buenaventura, cuyo campanario surge sobre las construcciones entre dos palmeras que recuerdan el Oriente.

Antes de llegar al sitio donde estuvo el palacio de Tiberio, y dejando á un lado la ruina de una antigua fuente llamada de Meta Sudans, encuéntranse las ruinas del Coliseo ó anfiteatro Flaviano, cuyas dimensiones colosales llaman desde luégo la atencion; cierto que parecen más ó ménos imponentes segun los efectos de luz y el punto de vista; pero de todos modos, esta grandiosa obra de Vespasiano produce ya al pronto verdadero asombro en el espectador. Los extranjeros no pueden apreciarla bien si no la visitan repetidas veces, recorriendo todas sus ruinas.

En este inmenso anfiteatro se inmolaron para la inauguracion, que duró cien dias, seis mil fieras y cuatro mil gladiadores. Sensible es que no se puedan describir los dramas representados en este extraño edificio cuando desde el año 1060 á 1310 los Frangipani y los Anibaldi se acantonaron y sostuvieron sangrientos sitios en esta roca hueca, convertida en fortaleza por las luchas feudales.

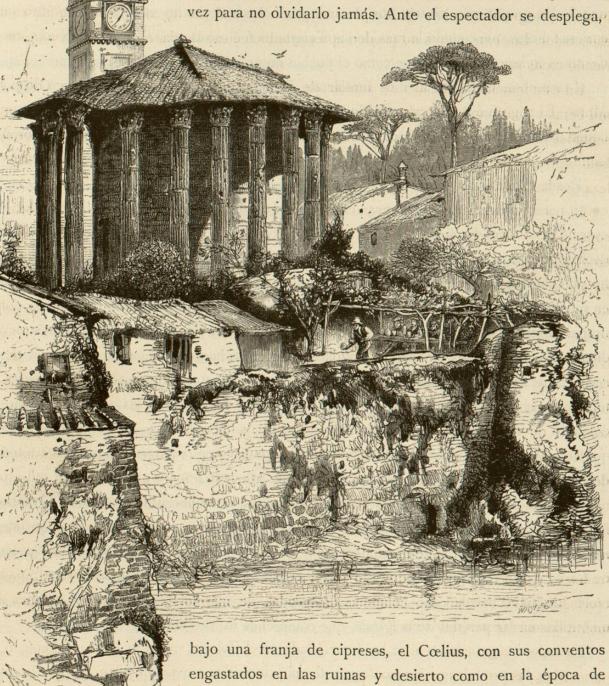
El coliseo, donde han ocurrido tan espantosas tragedias, donde se evoca la sombra de los cónsules, del Senado, del colegio de las Vestales, de los ediles, de los pontífices y de los emperadores, no excita sólo la admiracion por su inmensidad, sino tambien por la indestructible solidez de la obra y por la enormidad de los materiales, que parecen una aglomeracion de rocas movidas por titanes. El fondo de esta cuenca parece ser el molde en hueco donde se han fundido las siete colinas romanas. Los altos y sombríos arcos de esta construccion gigantesca, las enormes piedras, las charcas de agua negra que duplican la elevacion de las cintras, una atmósfera pesada, los rayos de luz que de pronto atraviesan por las raíces y los huecos, toda esta fantasmagoría de arquitectura y de sombras, forma verdaderamente un conjunto que impone cuando se penetra en los arcanos del anfiteatro.

Recientes excavaciones han dejado en descubierto el suelo de la arena tantas veces teñida de sangre, donde el gladiador que iba á morir era saludado por los gritos de cien mil espectadores; donde hombres y mujeres y hasta niños se han complacido en presenciar la matanza de las fieras ó la muerte de los hombres. Este es el sitio donde los mártires morian por no renegar de su fe, y áun se reconocen los calabozos donde esperaban el momento de ser arrastrados á la arena para recrear con el espectáculo de su muerte á una multitud desenfrenada y cruel. La misma soledad del Coliseo y su aspecto desolado bastan para que se agolpen á la mente las más tristes reflexiones.

La espesa vegetacion que se ha desarrollado en el Coliseo, entre la cual predominan las parietarias, las orquídeas y las saxifragas, llama principalmente la atencion, no por la abundancia, sino por la rareza de las especies. Bien sea que esta enorme mole intercepta en los aires el paso de los gérmenes errantes, ó bien que la naturaleza de este suelo artificial expuesto á todos los vientos, ó que la composicion del material que enlazó las piedras haya favorecido

el desarrollo de vegetales exóticos, el caso es que los botánicos pueden formar un numeroso herbario con las especies del Coliseo, que no se hallan en ningun otro punto bajo el clima de Roma.

Desde el terrazo superior de esta mole de Vespasiano descúbrese á los cuatro vientos cardinales un horizonte infinito, pero no una ciudad ni paisajes, ni un simple punto de vista á vuelo de pájaro, sino la ilustracion inmensa del libro más grande, la historia; es un espectáculo que se contempla una vez para no olvidarlo jamás. Ante el espectador se desplega-



engastados en las ruinas y desierto como en la época de Tulio Hostilio; á la izquierda se ve el sitio donde estuvo Alba-Longa, completamente arrasado, y á la derecha resplandece de luz la meseta del Palatino, obstruida por las excavaciones, y

Templo de Vesta

que proyecta las sombras oscuras de sus columnas sobre el terreno blanqueado. Dejando esta parte de Roma, que, dicho sea de paso, es la más descubierta y desolada, pasaremos á otra más risueña, donde áun podrian encontrarse reliquias de la antigua ciudad: ese es el espacio que media entre la base de la colina del Capitolio y el monte Palatino, á la orilla izquierda del Tíber, lugar rico en recuerdos de la juventud romántica y guerrera del pueblo romano.

Si nos situamos en el Ponte Rotto, donde se supone que estuvo el Puente Emiliano, podremos contemplar uno de los más admirables cuadros de Roma: de frente, á cierta distancia, se ve la extremidad de la *Insula Tiberina*, con sus hermosos edificios, que constituyen uno de los grupos más pintorescos de la ciudad. La historia legendaria de esta isla es muy curiosa: dícese que cuando la raza de los Tarquinos fué expulsada, el trigo crecia aún en sus tierras, á lo largo del rio; y que como el pueblo no quiso tocar nada de aquella familia maldita, el terreno se consagró al dios tutelar de Roma, convirtiéndose despues en Campo de Marte. El trigo fué segado y arrojado al Tíber; la corriente lo reunió en montones en un banco de arena; el cieno se acumuló al rededor, las semillas brotaron, y así se formó la isla.

Desde este mismo punto, siguiendo con la vista la corriente del Tíber, fíjase la atencion en un peristilo circular con columnas corintias, sobrepuestas de un tosco tejadillo cónico. Esta especie de rotonda ha sido designada por algunos con el nombre de templo de Vesta, y podria decirse que entre los monumentos más pequeños de Roma es uno de los más familiares, pues ha sido copiado en bronce, en mármol, y hasta en corcho, habiéndose reproducido igualmente en mosaicos, broches, camafeos y otros objetos de adorno. No hay razon ni fundamento alguno para llamar á esta rotonda templo de Vesta, pues prescindiendo de que los templos de esta diosa eran comunmente circulares, los sabios no dicen, ni hacen mencion de que haya existido nunca un templo de ese nombre en esta parte de la ciudad. Seguramente es la ruina de un templo de Hércules, pues más de un autor afirma que habia uno aquí. Este bonito monumento del siglo de Trajano, ha perdido ya por desgracia su entablamento y sus arquitrabes. Dícese que los papas, para conservar este recuerdo del paganismo, que parece remontarse á la época de Numa, le pusieron bajo la invocacion de Santa María del Sol.

Más allá del templo de Vesta se ven otros muchos, tan numerosos en algunas partes, que forman grupos compactos; sobre ellos descuella el campanario de la iglesia de Santa María in Cosmedin, que circuida de monumentos antiguos, hállase situada entre los brazos corintios de Céres y de Proserpina, reedificado por Tiberio. Aun se conservan de esta ruina algunas moles de travertino y ocho columnas acanaladas de mármol blanco; siete de ellas están embutidas en las paredes de la iglesia, que comprende así dos construcciones distintas.

## VI

Debajo de la antigua Roma, á lo largo de las quince vías consulares que radiaban del Capitolio, existian en el siglo III, además de unos veinte cementerios subterráneos consagrados á varias familias, veintiseis grandes catacumbas, correspondientes al número de parroquias de

aquella época: se ha calculado que estos laberintos deben medir trescientas leguas de galerías y contener unos seis millones de muertos. La anchura media de los corredores es de veinticuatro centímetros; sobrepuestos hasta formar cinco pisos, nunca se socavan á más profundidad que la de veinticinco metros, porque aquí termina la costra volcánica, siendo sustituida por arcillas húmedas. Nada más interesante que esa cuna del culto, ese elíseo de los mártires de la tiranía imperial, antecesores venerados por todas las comuniones cristianas.

Olvidadas durante muchos siglos, y hasta confundidas hace ménos de veinte años, bien con el cementerio de San Sebastian ó con algun otro, las catacumbas de San Calixto fueron halladas en 1852 por un eminente arqueólogo. El hecho de haberse descubierto á la derecha de la Vía Apiana, en una viña, la mitad de una inscripcion reveló la proximidad de una entrada; contenia las seis últimas letras del nombre de San Cornelio, que se sabia fué inhumado en el cementerio de San Calixto; y habiéndose dado principio á las excavaciones por aquel punto, se pudo entrar en la cripta histórica, donde cerca de la tumba de Santa Cecilia, hallada dos años despues, reposan doce papas mártires. San Calixto es uno de los hipogeos que mejor hacen comprender el destino de las catacumbas despues del reinado de Constantino: esta catacumha fué abierta mucho ántes de la época en que el papa Calixto I legó su nombre á un cementerio situado debajo de sus viñas. Sabido es por varias inscripciones que cuando San Calixto estuvo en favor con Alejandro Severo hizo agrandar las galerías, donde muy pronto hubo de buscar un asilo, por haber comenzado de nuevo las persecuciones.

Cuando se deja de ver la ciudad y las colinas, al penetrar en este antro misterioso, dédalo de santuarios, se experimenta una impresion indecible. Los guías, provistos cada cual de su hacha, parecen hundirse en aquellas bóvedas sombrías, donde el humo negro de la resina forma perspectivas fúnebres; para las personas muy nerviosas, la sensacion de espanto es tal, que muchas suplican se las permita volver á la luz del sol. Allí se recorren hasta tres pisos sobrepuestos de sepulturas; se anda sobre esqueletos, y tambien se tienen sobre la cabeza; allí han orado centenares de miles de hombres, que despues de entonar sus cantos religiosos quedaron sumidos en el sueño de la muerte.

Cerca de las sepulturas de San Cipriano, y de San Eusebio, muerto en el año 311, una inscripcion de Dámaso en una losa de mármol, revela que los cuerpos de San Pedro y de San Pablo se ocultaron largo tiempo en estas catacumbas. En el siglo 11 y 111, la pequeña basílica subterránea de San Calixto, con las habitaciones que la rodean, fueron la metrópoli de la Santa Sede y el centro de la administracion pontificia: áun se enseña la celda que sirvió de despacho á esos jefes espirituales del mundo cristiano.

Lo que más animacion presta á estas catacumbas son los vestigios de un culto antiguo, y sobre todo de las peregrinaciones de la era bizantina; créese sentir aquí el hálito de varias generaciones que han dejado imágenes, emblemas y numerosas inscripciones. Este lugar, donde las tumbas hablan, podria revelar muchos secretos; compréndese así, y por eso se anda con religioso silencio. Las paredes están sobrecargadas de recuerdos, de confidencias perdidas; y esos pensamientos, esas palabras trazadas por los peregrinos, parecen revivir, como las mariposas, cuando se aproxima la luz de la tea para examinarlas. Hasta se podrian reanudar

conversaciones suspendidas desde el tiempo de Cárlo Magno; y por reminiscencias inéditas, remontarse hasta la era de los confesores.

Cuando se sale de la catacumba de San Calixto aspírase con delicia el aire puro del campo, y muy pronto se llega á las orillas del rio que en otro tiempo se llamaba el Anio; despues se atraviesa por el puente llamado de Belisario y franqueando una pendiente, llégase al célebre Monte Sagrado, donde como es sabido se refugió la plebe romana para rechazar con la fuerza la tiranía.

Estas tebaidas incultas, donde el pensamiento se impregna en el poético horror que nace de la contemplación de los lugares abandonados, tienen un indecible atractivo.

## VII

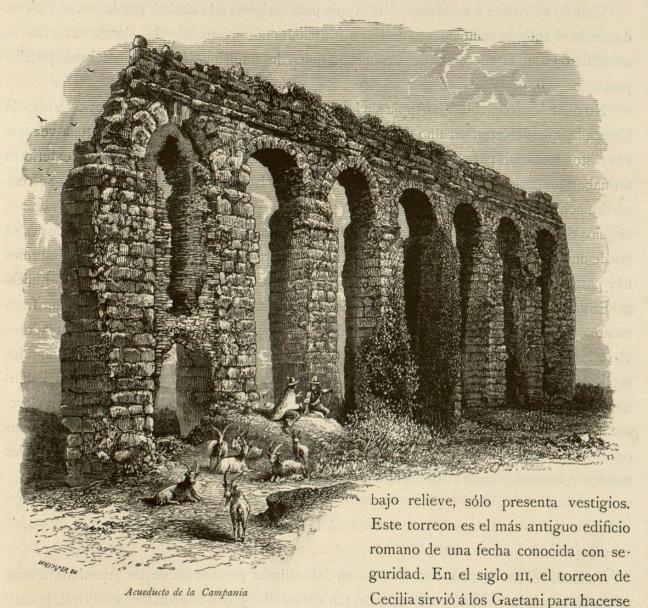
Gracias á las excavaciones practicadas sólo hace algunos años por indicacion de Pio IX, se ha conseguido dejar á descubierto el más célebre de los caminos históricos de Roma, la Vía Appia, sacándose á luz en el espacio de cinco á seis millas un gran número de sepulturas. El aspecto que ofrece ese antiquísimo paseo, donde se cuentan más de treinta mil monumentos, es tan admirable como maravillosos los puntos de vista de esta llanura desigual y accidentada, sobre la cual se corre el camino moderno ondulando al través de los pastos, semejante á un canal encauzado por los materiales de un museo. La Vía Appia sigue la corriente del rio de lava que desde los cráteres de Nemi y de Albani corrió por aquel sitio en tres erupciones, formando gradas inmensas, escalonadas hasta la mole de Cecilia Metella. En esta primera estacion, que termina casi la tercera milla, los que visitan estos lugares suelen apearse de su coche para recorrer la *Roma Vecchia*, dispersada en la campiña, y leer las numerosas inscripciones, que evocan el recuerdo de los grandes personajes del mundo romano.

Cuando se ha recorrido la primera parte de la Vía Appia, se está en plena antiguedad: si volvieran á la vida Plinio Pollio, los Emilios, Canidius, Curion y otros, podrian señalar aquí las tumbas de los ilustres muertos que conocieron, los palacios diseminados en las pendientes. A través de esta llanura de varios pisos se ven los largos acueductos de Claudio, y por el norte las tumbas más espaciadas de la Vía Latina; sobre los cerros y los lienzos de blancas paredes, mezclados con bosquecillos, Roma aparece en el fondo ostentando sus colinas coronadas de edificios, sus cúpulas, sus ruinas y sus cipreses.

Un poco más léjos, en un sitio donde la Vía Appia traza un recodo para respetar un tumulus, distinguense cinco grandes monumentos sepulcrales en parte cubiertos de tierra, que se suponen obra de los etruscos; cincuenta pasos más allá hay otros dos que se atribuyen á los Horacios; y aun más léjos se ve un tercero, donde se supone que reposaban los restos de los dos últimos Curiacios.

Despues de vagar algun tiempo entre numerosos fragmentos de tumbas, todos los cuales excitan más ó ménos interés, la atencion del viajero se fija de pronto en la mole de Cecilia Metella, mausoleo turiforme que no mide ménos de cien piés de diámetro, por una tercera

parte más de altura; las paredes tienen por lo ménos treinta y cinco piés de grueso. Hasta el reinado de Paulo V guardaron el magnífico sarcófago que se ve hoy en el patio del palacio Farnesio. Cecilia, hija de Metelo Creticuas, y esposa del triunviro Craso, vivió en el último período de la República; su monumento, revestido de travertino, está coronado por un friso y una cornisa de mármol con un adorno de festones: la inscripcion, sobrepuesta ántes por un



fuertes en él y exigir rescate á cuantos pasaban por aquel sitio. No léjos del torreon que fué tumba de Cecilia Metela vénse los restos del palacio de los Quintili, dos hermanos tan ricos, que ambicionando sus bienes y dominios el emperador Domiciano, ó, segun dicen otros, Cómodo, mandó darles muerte: de estas ruinas se han extraido estatuas, bajos relieves, columnas y mármoles de gran precio. Muy cerca de aquí se ve un acueducto que sube desde el valle trazando curvas, y por el cual recibian los Quintili las aguas de Claudio y Agrippa por conductos de plomo que áun existen y en los que está grabado el nombre de aquellos opulentos procónsules.

Otra de las cosas que más excitan aquí el interés del viajero, son los restos del templo de Rómulo, hijo de Maxencio, que áun conserva parte del gran claustro que le rodeaba. Desde